



## DOS AÑOS DESPUÉS

foxismo —parecidos, pero diferentes— arrancaron de sus manos la estafeta opositora y el 2 de julio de 2000 obligaron al último presidente priista, ya muy distante de su partido, a reconocer el triunfo de la oposición en las urnas: ¡toda una novedad en la historia política de México!

**El fin del principio.**— El 1 de diciembre de 2000 se apaga el régimen autoritario más longevo del siglo XX y se inicia en México uno nuevo, cuya primera gran tarea es consolidar la democracia recién ganada, pero sin contar con mayoría en el Congreso, hecho que sería la gran determinante del inicio de lo nuevo.

En algún punto del año 2001, se llegó al “fin del principio”, es decir, al agotamiento del gran impulso inicial. De la energía extraordinaria, producto del advenimiento de la democracia, se pasó al proceso ordinario. Si bien todo lo extraordinario llega a su fin, lo importante en el caso del foxismo es que la gran energía del despegue se consumió sin haber obtenido ningún logro que realmente sirva de insignia a la primera etapa de la democracia conquistada hace dos años.

La fecha simbólica de ese fin sin pena ni gloria —mediocre— del principio, pudo ser el momento en que los adversarios del presidente Fox en los partidos de oposición, junto con sus adversarios dentro de su propio partido, el PAN, aprobaron una “ley indígena” muy diferente —antagónica— a la presentada por el presidente y que con ello echaron abajo la posibilidad de que Vicente Fox cerrara brillantemente el inicio de su gobierno y, por el contrario, la propuesta de lograr una paz en Chiapas en “15 minutos”, gracias a la democracia, se convirtió en la continuación de lo que el viejo régimen había hecho desde 1994. Otros quizá prefieran datar el “fin del principio” el 11 de septiembre de 2001, cuando el sorprendente impulso que recibió la propuesta de un acuerdo migratorio con Estados Unidos en los jardines de la Casa Blanca el 5 de septiembre, se vino abajo seis días después como uno de los resultados imprevistos del ataque terrorista a Nueva York y Washington ese día. En fin, alguien más puede elegir el final del principio el día en que el Congreso pasó una reforma fiscal que, en la práctica, le negó al nuevo gobierno los medios materiales para hacer frente a las urgentes necesidades de la reforma social y de la construcción de infraestructura. Como quiera que sea, y se elija la fecha que se quiera, a dos años del 2 de julio de 2000, el nuevo régimen ya lleva tiempo de estar instalado en la “lenta marcha” hacia el cambio, un cambio que, desafortunadamente, promete ser tan lento y largo, como lo fue el proceso de transición. No es ése el peor de los destinos de la democracia mexicana, pero tampoco el mejor. ●

# La lenta marcha

Lorenzo Meyer

**La fecha de la mudanza.**— Juan Linz, el estudioso de los regímenes autoritarios y de las transiciones políticas contemporáneas, ha señalado que en algunos de esos procesos, la evolución y el cambio han requerido de un tiempo tan largo que finalmente resulta imposible identificar la mudanza en la naturaleza del régimen con una fecha simbólica. Sin embargo, en otros sí es posible determinar en la hoja del calendario el momento preciso en que lo antiguo dejó de ser dominante y lo nuevo pasó a ocupar el centro del escenario, como puede ser el día en que entró en vigor una constitución democrática o un gobierno militar rindió a los civiles el poder conquistado por la fuerza, etcétera. (*El factor tiempo en un cambio de régimen*, 1994, p. 29). En el caso mexicano se dan las dos cosas: la transición pareció, de tan larga, un proceso interminable, pero también es posible contar con una fecha alegórica de la transformación de la vida pública mexicana —de autoritaria, en democrática—, y ésa es la tarde del 2 de julio de 2000, cuando desde el poder se aceptó y se anunció que las urnas le habían ordenado al viejo partido de Estado entregar el control del Poder Ejecutivo a la oposición.

**El principio del fin.**— En el caso mexicano, la fecha simbólica del cambio no está a discusión, aunque donde ya no hay acuerdo es en su significado: para algunos se trata de un cambio de régimen, es decir, de las reglas básicas en virtud de las cuales se adquiere, se ejerce y se pierde el poder, en tanto que para otros, se trata de una “mera alternancia” y, por lo mismo, el cambio de fondo aún está por darse. Pero hay otro desacuerdo. ¿Dónde localizar la data simbólica del inicio del proceso, del

origen de la transición? Para unos, ese proceso se inició con el movimiento navista en San Luis Potosí y la matanza del 15 de septiembre de 1961 en la capital de ese estado; ahí, y entonces, se inició el penoso y prolongado esfuerzo multclasista por transformar el autoritarismo mexicano en una democracia. Otros prefieren encontrar esa fecha simbólica en el 2 de octubre de 1968 —31 años y 10 meses antes del triunfo de Vicente Fox—, cuando abiertamente, sin embozo y en la capital del país, la Presidencia pretendió de nuevo que el cañón del fusil le indicara a la sociedad cuáles eran los límites verdaderos de su participación en la cosa pública, y que eran mucho más estrechos que los señalados en la Constitución. Finalmente, hay quien prefiere el 1 de septiembre de 1982, cuando públicamente el titular de la Presidencia lloró su impotencia frente al desastre económico —el fin de todo un modelo de crecimiento— y le quitó al régimen su base efectiva de legitimidad: la capacidad del gobierno federal para distribuir recursos económicos a los diferentes sectores y grupos sociales que sostenían el sistema político posrevolucionario mexicano.

Fue en 1983 —al inicio de lo que sería una prolongada crisis económica— cuando la derecha democrática del norte, la agrupada en torno del PAN de Chihuahua, le arrancó efectivamente una parcela al monopolio político priista, pero la perdió como resultado del fraude de 1986. Le tocó, luego, a la gran alianza de izquierda —nacida como resultado de una división en la cúpula del PRI— llevar el peso y el paso de la transición, mientras el PAN se acomodaba con el gobierno de Carlos Salinas. Desgastada la izquierda, o más bien el neocardenismo, vio cómo el PAN y el